

LA NOVELA  
CINEMATOGRAFICA SEMANAL MODERNA



Nº

537

DOROTHY SEBASTIAN  
JACK HOLT

25  
cts

RALPH GRAVES

LA ISLA DEL DIABLO



SLOMAN, Edward

**LA NOVELA  
SEMANTAL CINEMATOGRAFICA  
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**  
**Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551**

AÑO X

BARCELONA

N.º 537

*Hell's Island, 1930*

**La isla del diablo**

Emocionante asunto, interpretado por  
**Dorothy Sebastian, Jack Holt**  
y **Ralph Graves**



**Producción Columbia**

Exclusiva de

**Renacimiento Film**

Aragón, 249

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

**ROBERTO REY**



# La isla del diablo

*Argumento de la película*

Los soldados de la Legión de honor francesa marchaban hacia el puesto de Ben-Abas, en Marruecos.

El sol caía de plano rindiendo las naturalezas más resistentes. Los pies se hundían en una arena tórrida como la ceniza de un volcán.

El legionario Mac iba entre sus íntimos amigos Griff y Best. A pesar de que el sargento Klotz, un hombre de malos instintos, les había prohibido que hablasen durante la marcha, ellos bromeaban, procurando con su breve conversación hacer más llevadero el camino.

—Mad, ¿sabes tú si hay en Ben-Abas alguna mujer que valga la pena?—preguntó Griff.

—Una sola hay, pero está comprometida.

—¿Con quién?

—¡Conmigo!

—Eso no me importa. Cuando lleguemos a Ben-Abas tendré el gusto de quitarte a esa muchacha.

—No podrás. Me quiere demasiado.



—Una sola hay, pero está comprometida.

Apareció la figura siniestra del sargento Klotz.

—¡Otra vez hablando, Mac! ¡Eres incorregible!

—No creo que haga ningún daño cambiando unas palabras.

—¿Intentas aún justificarte? Bien, al llegar a la posición quedarás arrestado.



Los legionarios guardaron silencio largo rato hasta que Griff, riendo por lo bajo, exclamó:

—¡Conque arrestado otra vez! ¡Magnífico! Estaré más libre para cortejar a tu dama.

—No te fies demasiado. Ella se muere por mí.

—¡Infeliz! ¡Qué poco conoces a las mujeres!

La presencia del sargento les hizo enmudecer de nuevo y ya no hablaron hasta llegar a la posición.

Klotz dió orden de que Mac fuese encerrado durante quince días en el calabozo. Así aprendería a obedecer.

Con el consiguiente mal humor, el legionario se vió metido en el calabozo. Le eran familiares aquellos muros en los que constantemente estaba recluso a causa del odio que tenía contra él el sargento.

Una hora después Mac recibió la visita de su camarada Griff.

—Me voy al café a ver a tu muchacha. Me han dicho que es muy bella y que se llama Mary.

—Pierdes el tiempo intentando enamorarla.

—¡Quién sabe!

—Oye, Griff, si vas a verla ¿quieres entregarle una carta que yo escribiré ahora mismo?

—No, señor—respondió Griff, cómicamente—. Yo no favorezco para nada a mi rival.

—¡Mal compañero!

—¡Adiós, chico! Yo me voy a ver a tu Mary... Tú te quedas con tu... soledad.

Y riendo grotescamente se alejó.

Pasó Mac una larga hora de desesperación, de gran amargura, pensando que Griff estaría en aquellos momentos en el café, hablando con Mary, tal vez consiguiendo algún beso de aquella alegre mujer que era para él, la única ilusión en su monótona vida de legionario.

De pronto el capitán de la compañía que acertó a pasar por el pasillo al que daban los calabozos, se acercó a la reja donde estaba Mac.

—¿Tú aquí otra vez? ¿Qué has hecho ahora? ¿Por qué te arrestaron?

—Por hablar más de la cuenta, mi capitán. El sargento Klotz no quiere que hable durante las marchas y yo le he desobedecido.

—Te levanto el castigo. Pero si reincides cumplirás el arresto.

Llamó el capitán al legionario de guardia y le ordenó pusiese en libertad a Mac.

Este apenas se vió libre, arreglóse su "toilette" de buen mozo y salió como un gamo hacia el café de Ben-Abas.

\* \* \*

Mary era bailarina en el café de la población. Mujer coqueta, preciosa, se mostraba amable con todos los parroquianos, sin que nadie pudiera, sin embargo, ufanarse de haber conseguido algo más que algún beso.

Mac tenía grandes esperanzas de que aquella alegre muchachita acabaría siendo suya, pero por ahora, a pesar de la indudable simpatía que



ella le profesaba, no había tampoco obtenido más que caricias sin trascendencia.

Aquella noche, el legionario Griff fué a aquel establecimiento y se convenció por sus propios ojos de que no le habían engañado al decir que Mary era una mujer superior.

¡Qué criatura tan encantadora! ¡Qué cuerpo tan espléndido! ¡Qué mirada tan llena de promesas y de incitaciones!

Sentado a otra mesa se hallaba el sargento Klotz, tipo en cuyos ojos estaban reflejados los más satánicos instintos.

Klotz llamó al dueño del café y le rogó dijese a Mary si quería ir a su mesa.

—Voy a avisarla inmediatamente — dijo el dueño.

Pero cuando corrió a transmitir el recado a Mary se encontró con la más rotunda negativa de ella.

—No quiero ir. Ese hombre me repugna, Dupont—dijo.

—Te lo mando. Tú estás aquí para servir a todo el mundo, ¿comprendes? Debes alternar con toda la clientela y más con los que llevan galones.

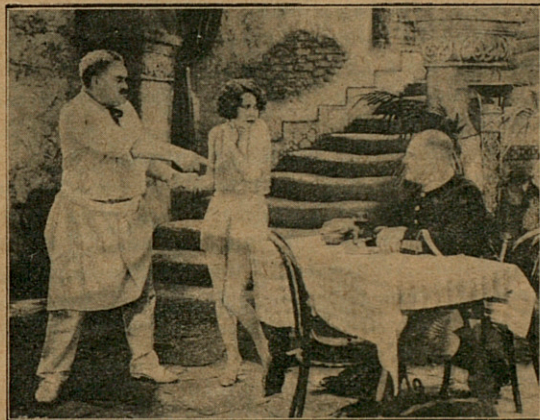
—Usted no es quien para exigirme esto. Yo aquí estoy contratada para bailar y alterno con quien se me antoja—contestó con decisión.

—Irás a la fuerza si no quieres que...

Y el brutal Dupont, cogiendo por un brazo a la espléndida mujer, la llevó hasta el sargento.

Ella tuvo que sentarse a la fuerza al lado de aquel hombrón que con sus manos gruesas y velludas pretendía acariciarla.

—¿Es que no te gusto, monada?—le dijo Klotz—. Es extraño. Porque dime si conoces a mejor tipo que yo.



*...cogiendo por un brazo a la espléndida mujer...*

—No me encuentro muy bien... Se lo ruego... Déjeme usted marchar.

—¿Marcharte y he venido precisamente para estar toda la noche contigo? Tengo una medicina para tu dolencia. Mis besos. Verás lo buenos que son.



Y a mansalva, sin que ella pudiera defenderse, la besó varias veces en un torpe collar de caricias.

Griff se hallaba con otros soldados en una mesa cercana.

Sintió en el alma odio mortal contra el sargento cuando vió que éste, a la fuerza, pretendía besar a la bailarina.

—¡Maldito Klotz!—rugió—. ¡No podré contenerme! Iré a abofetearle.

Cuidado, que te juegas la vida—le advirtió otro legionario.

—Es que eso no puede consentirse.

Klotz volvió a abrazar a Mary que gritaba pugnando en vano por desasirse de él.

Griff se levantó como una exhalación. Era ya demasiado. Avanzó como una tromba hacia el sargento. Pero antes de que pudiera llegar a él, otro legionario, temiendo por la suerte de Griff, apagó la luz, a fin de que en la obscuridad, Klotz no reconociese a su agresor.

Prodújose una gran confusión durante la cual Griff cogió a la muchacha en brazos y la llevó lejos del salón subiéndola al primer piso, a una habitación en cuya puerta vió grabado el nombre de la artista.

Ella estaba enfurecida y pronto se deshizo de los brazos de aquel protector.

—¿Cómo se ha atrevido usted? ¿Con qué derecho me coge?—exclamó.

—Suponía que no le era muy grato permanecer con Klotz.

Pero Mary, aunque agradecida íntimamente en el fondo de su alma, no quería demostrárselo al soldado por cierto orgullo muy femenino.

—Yo estoy con quien me parece, ¿comprende usted? con quien se me antoja, con quien me obsequia mejor.

—Pues no lo parecía.

—Haga el favor de marcharse.

—¿No me dará usted un beso como despedida? ¿Le gustan más los de Klotz?

—¿A usted qué le importa?

Iba a contestar Griff cuando apareció el soldado Mac, quien al ver a su compañero con Mary, sintió que los celos le aprisionaban el corazón.

Ella sonrió a Mac, pero quedó vacilante, sin atreverse a besarle como lo hacía otras veces.

—No esperaba verte aquí—dijo Griff a su camarada.

—Yo sí lo esperaba y vengo a pedirte explicaciones. Lo mismo que a ti, Mary... ¿por qué estás a solas con ese hombre?

—Con el derecho de mi libertad que nadie debe coartar. ¡Marchaos los dos! ¡Pronto!

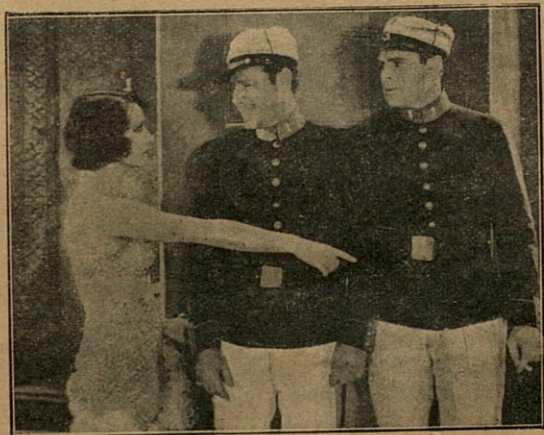
Fué inútil su protesta. Los dos legionarios tuvieron que salir. Mary fué detrás de ellos, y para darles celos, para burlarse una vez más de ellos, volvió al lado de Klotz y sin permitir sin embargo que el sargento la besara, estuvo escuchando sus bromas bastante complacida...

Mac y Griff estaban furiosos. Especialmente



el primero no cesaba de dar terribles miradas al sargento. Este, cansado de aquel espionaje severo, se levantó y ordenó a Mac que volviese de nuevo al calabozo.

—Quince días de arresto por burla a un superior...



—¡Marchaos los dos!

—Yo no hice nada.

—¡Te estás mofando de mí! ¡Sal del café!

Mary, indolente, sin decir nada, bebía lentamente unos sorbos de licor...

Mac, que hasta ahora se había creído ser el favorito de la muchacha, sufría al ver la indi-

ferencia de ésta, y abandonó el café, maldiciendo de todas las mujeres del orbe.

Griff quedó en el establecimiento contemplando con cierta emoción a Mary que de vez en cuando le miraba también y le sonreía suavemente...

\* \* \*

Mary no era mala. Simplemente su alma estaba saturada de frivolidad, de la ligereza del ambiente en que vivía.

Su honor se mantenía intacto. Sus únicos favores eran breves besos, obligados casi por la necesidad de vivir.

Mac había sido bastante amigo suyo, aunque no acababa de convencerle del todo ese legionario enérgico y alegre, de buena familia, a quien los azares de la fortuna habían llevado a ingresar en la Legión.

En cuanto a Klotz y otros legionarios, nada significaban para ella, a no ser amistades molestas a las que desgraciadamente, por el enérgico imperativo de las circunstancias, veíase obligada a soportar.

Mac permaneció quince días arrestado bajo la inculpación de haberse mofado del sargento.

Durante aquel tiempo, Griff se dedicó a cortejar a Mary que le pareció una muchacha excelente, más buena y pura de lo que a primera vista parecía.

Y Mary, agradecida por el acto noble que



había tenido Griff al librarla de las caricias del sargento, correspondió a esa estimación.

Poco a poco, sus almas se fueron complementando, estudiando, hasta comprender que se querían como nunca habían querido a nadie...

Ella le dijo cómo desde el primer instante se había sentido enamorada. Aunque, pensando que Griff había realizado aquella acción tal vez por egoísmo, por el inmediato deseo de una recompensa, no le había querido demostrar su gratitud... Pero ahora, ya no tenía inconveniente en decírselo.

Dificultades de la vida, la ruina inmediata de la casa paterna y del negocio propio, habían obligado a Griff a inscribirse en la Legión por una porción de años... Y ahora, esa mujer, esa Mary, parecía que era para su vida como la hermosa luz de la esperanza...

Una tarde, en pleno campo, se declararon formalmente su pasión. Eran novios. Se casarían dentro de dos años tan pronto como él terminase su servicio.

¡Cuán bellamente felices se sentían! Todo el paisaje que les rodeaba, todo cuanto constituía su vida, que hasta entonces les había parecido triste y pesadoso, ahora lo encontraban bello, con ese ropaje de hermosura que tienen todas las cosas que son escenario de amor.

Se besaron largamente con besos que no se acababan nunca.

Al día siguiente Mac salió del calabozo y su amigo Griff le comunicó la buena nueva.

—¿No sabes? Mary y yo somos novios.

—¿Novios?—respondió volviéndose pálido.

—¡Sí! ¿Te asombra? Yo sé que entre tú y ella no existía nada. Jamás te dió ninguna esperanza. No tienes derecho, pues, a quejarte.

Mac suspiró fuertemente.

—Tienes razón. No puedo quejarme. Nunca Mary me dió a entender que me quería. Un poco más de afecto que a los demás, eso era todo... pero no otra cosa. Tú has tenido más suerte.

—Y me voy a casar con ella...

—¿Que te vas a casar?—dijo riendo—. Hombre, eso sí que me parece un disparate. Que seas su amigo, su íntimo, pase... pero que te cases... Tú no sabes qué clase de mujer es ella. Coqueta, ligera, voluble...

—No es cierto—protestó con indignación—. Es el despecho lo que te hace hablar así... Mary es de una pureza absoluta.

—Allá tú...

Todo el santo día permaneció Mac, pesaroso, entristecido. La idea de que había perdido a Mary, de que esta mujer sería de Griff, le enloquecía.

¡No, no! ¡Eso no! Volvieron a renacer furiosamente los celos en su alma y le parecía imposible hubiese escuchado con calma las palabras de Griff. Pues qué, ¿es que aquel hombre no le había robado lo que era legítimamente suyo? Antes que a nadie, Mary le había entregado sus besos... y de él serían y de nadie más.



Y aquella tarde se dirigió al café y entró en la habitación de Mary. Esta se preparaba para salir y al ver a Mac, taciturno y frío, sintió una gran extrañeza.

—Mary, ¿es verdad que piensas casarte con Griff?

—¿Por qué no?

—¿Y yo entonces? Tú sabes bien que te quiero, que mi mayor ilusión ha sido la de estar contigo. ¿Por qué me has rechazado?

Ella hizo un gesto de tristeza.

—¿Qué quieres, Mac? Tú para mí eres un buen amigo, un camarada con quien siempre deseo conservar leal amistad. Pero él... no sé... es otra cosa...

—Mary, eso no puede ser. Te quiero demasiado para consentirlo.

Quiso estrecharla en sus brazos, pero ella le rechazó.

—¡Vete, Mac!... Si Griff te encontrase aquí, podría provocar un conflicto.

—Odio a ese hombre. No me importa que venga.

La puerta se abrió bruscamente y apareció Griff.

—¿Tú aquí? ¿No sabes que esa mujer no te pertenece?—rugió Griff abrazando a Mary que contemplaba a los dos hombres con espanto.

—¡Eso lo veremos!—gritó Mac, pretendiendo arrebatársela.

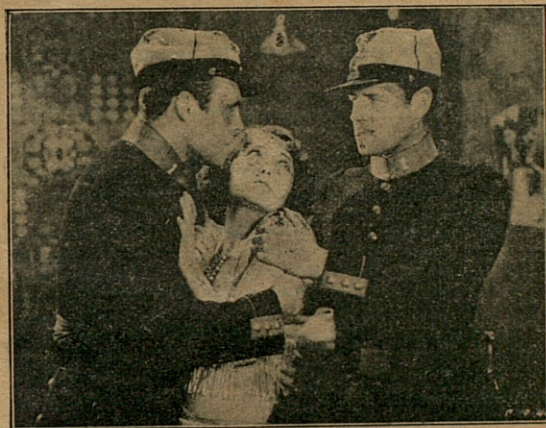
—¡Mal hombre!

—¡Ladrón, que te apoderas de lo ajeno, de lo que es mío!

—¿Tuyo, insensato? ¿Te has vuelto loco?

—Por ella... sí... lo estoy por ella.

Y Mac, sin poder contener su ira, dió un solemne bofetón a su antiguo compañero. Este, ai-



—¡Eso lo veremos!

rado, repelió la agresión y los dos hombres se propinaron una mutua y monumental paliza.

Mary, creyendo que iban a matarse, salió del cuarto y empezó a dar gritos de socorro.

Precisamente acababa de entrar en el café una compañía de legionarios que tenía por misión recoger a los que se hallasen en el esta-



blecimiento, pues debían partir todos para el desierto.

Acudieron varios hombres, quienes separaron a los dos contendientes y les obligaron a formar en las líneas, mientras Mary, rompía a llorar amargamente, viendo cómo por culpa de ella se suscitaban odios y rencores invencibles amenazando su felicidad.

Sin decirse nada, pero con las miradas centelleantes de odio, Mac y Griff, emprendieron la marcha con los demás legionarios camino del desierto.

Era a media tarde. Y más que el fuego del sol, ellos sentían el fuego del odio que les quemaba el alma como una hoguera infernal.

\* \* \*

Se hallaban ya bastante lejos de la población cuando Mac habló por primera vez durante el camino a Griff.

Parecía mostrarse conciliador como si la larga caminata hubiese serenado su espíritu.

—Griff, es una tontería que riñamos por una mujer como Mary—le dijo.

—Abstente de manchar su nombre con tus labios. Esa mujer es mía y no debes cuidarte de ella.

—¡Ah! ¿quieres lucha? ¿Te gusta el odio? ¡Pues lo tendrás!

Y aun le dió un fuerte patadón al que respondió Griff con idéntica brutal forma.

Nada volvieron a decirse durante el camino. De pronto apareció un nutrido escuadrón de caballería rifeña lanzándose al ataque contra los legionarios.

Estos, a la orden del teniente, formaron un gran cuadro en mitad de la arena defendiéndose contra la acometida africana.

La lucha duró largo rato. Los rifeños rompieron el cerco de los legionarios y fué inevitable la pelea cuerpo a cuerpo.

Desparramáronse los soldados por el desierto luchando bravamente contra aquellas huestes a las que al fin pudieron poner en fuga.

Durante el combate, Mac cayó en tierra herido... Luego, se levantó y debilitado por la pérdida de sangre y por el cansancio, comenzó a andar en dirección contraria a la en que se hallaban sus compañeros.

También Griff con un grupo de legionarios se había alejado del núcleo principal.

Después, al reunirse con éste y ver que no se hallaba Mac entre ellos, sintió una gran inquietud.

A pesar de su ruptura con Mac, de la antipatía personal que ahora se tenían, no podía olvidar que Mac era su compañero, que había sido hasta hace poco su mejor amigo.

Y llevado de un deseo generoso de fraternidad, de noble compañerismo, empezó a buscar a Mac por las cercanas colinas.

Al fin, tras una afanosa búsqueda, dió con él. Mac estaba próximo a desvanecerse. Sus ojos



no veían casi. Distinguió sólo la silueta de un soldado que se inclinaba hacia él.

—¡Agua! ¡Agua!—clamó el infeliz.

Griff, noblemente, le ofreció su cantimplora. Después de beber, Mac pareció reaccionar y sus ojos distinguieron perfectamente quién era el legionario que le ayudaba.

Al reconocer a Griff dió un grito de rabia, de implacable odio.

Tiró al suelo la cantimplora y dijo:

—De ti no quiero nada, nada. Ni agua.

—Pero, Mac...

—Vete. Hemos acabado ya...

Echó a andar por el mismo camino que Griff había seguido antes.

Griff, disgustado por la actitud de su compañero, pues ahora él hubiera deseado la paz, le siguió sin decir palabra, lamentando lo que ocurría.

De pronto, apareció tras un montículo un rifeño montado a caballo, quien disparó un tiro, yendo a herir gravemente por la espalda a Mac.

Este, sin ver a su agresor, cayó en tierra, mientras Griff disparaba su fusil contra el adversario, sin conseguir herirle, escapando el indígena a todo galope.

Desolado por la dolorosa agresión, Griff de cuya alma el odio se había alejado, se inclinó para ver a su compañero. Este se sentía morir... Vió como el fusil de Griff humeaba todavía a

consecuencia del disparo. Su boca adquirió un rictus de odio trágico y mortal.

—¡Canalla!—dijo—. ¡Me has herido a traición!... ¡Canalla!

—¡No he sido yo, Mac!... Un rifeño... él...

Pero ya Mac no le oía. Había caído en una especie de sopor agónico.

Minutos más tarde apareció una parte de la compañía de legionarios, mandada por el sargento Klotz.

Klotz examinó brevemente a Mac y dijo luego a Griff:

—No hay nada que hacer. Ese hombre se acaba. Déjalo y vente con nosotros.

—No... Permítame usted que lo lleve en hombros. No podemos abandonarle... Tal vez pueda vivir aún—contestó el soldado.

—¿Pero no ves que está casi muerto? Déjalo... que no podemos llevar estorbos—respondió el inhumano sargento.

—Pues no lo dejaré.

Quiso cargarlo a cuestras, y Klotz pretendió impedirselo. Entonces, Griff, sin saber lo que hacía, llevado de un sentimiento de humanidad, se arrojó contra él y de un puñetazo soberbio le derribó en tierra dejándole sin conocimiento.

Todo el mundo quedó aterrado ante aquel inconcebible acto de audacia.

Momentos después llegó un oficial con el resto de los legionarios, y enterado de lo que ocurría, dió orden de proceder a la detención inmediata de Griff y a que Mac fuera transportado al hos-



pital por si era posible realizar aún alguna operación heroica.

\* \* \*

Un consejo de guerra sumarísimo juzgó a Griff y teniendo en cuenta las circunstancias que habían mediado en el suceso, el legionario



*...a diez años de trabajos forzados...*

fué condenado únicamente a diez años de trabajos forzados en la Isla del Diablo.

De lo contrario, de no haber sido el deseo de salvar a un soldado lo que había hecho que Griff pegase a un superior, le hubieran condenado a muerte ejecutándose la sentencia de modo fulminante.

Mary, desesperada, estuvo a despedirse en el calabozo del pobre enamorado, del buen Griff que iba a sufrir las crueldades de la deportación por haber pretendido salvar al hombre que era su enemigo.

—¡Diez años, diez años sin verte, amor mío! —le decía Mary—. ¿Es posible que podamos resistir esa separación?

—No te desesperes, Mary—decía él con voz tranquila—. Pueden concederme un indulto... Si tú me esperas, si tú prometes esperarme será menos amargo mi destino.

—¡Te lo juro, Griff!... ¡Qué desgracia! ¡Cuánto hubiera sido mejor que hubieses dejado a Mac sin interesarte por él!

—No digas eso, Mary... Mac creo que está mejor dentro de la gravedad. Le he salvado la vida. Pero ¿me juras que no me harás traición, chiquilla, que nunca harás caso de Mac?

—¿Qué me importa ese hombre? Le odio... Le odio terriblemente cuando pienso que es él indirecto culpable de tu desgracia.

—Bien mío... Ten fe en Dios... en nuestro futuro...

Al día siguiente, Griff fué conducido a la Isla del Diablo, y para Mary llegó una época de amarga soledad, de tristeza sin cuento, de dolor casi sin esperanza.

Pasaron varios días... Mac, poco a poco, volvía a la salud. Ignoraba todo lo ocurrido a Griff, la agresión de éste al sargento. Creía que Griff se encontraba aún en la Legión.



A nadie había dicho una palabra de cuanto se relacionase con aquel asunto. Pero convencido de que Griff le había atacado a traición, de que la bala que le habían extraído de la espalda y él guardaba cuidadosamente, era suya, había jurado vengarse, de una manera implacable.

Cierto día, Mary recibió en el café la visita del legionario Bent, uno de los compañeros de Griff y de Mac, grande amigo de ambos. Vestía ahora de paisano e iba acompañado de una mujer árabe.

—¿Qué es eso, Bent? ¿Por qué no vistes de legionario?

—Me he enamorado de esta mujer árabe y me he casado con ella. Y he pedido un puesto de guardián en la Isla del Diablo... A los guardianes se les permite casarse. En cambio, en la Legión hubiera tenido que permanecer soltero por lo menos dos años, hasta que hubiera cumplido.

—¿No sabes quién está en la Isla del Diablo, Bent?

—¡Toma! ¡No he de saberlo! ¡Griff!

—¡Pobre muchacho!

Permaneció un momento en silencio, y luego añadió con una voz leve como un susurro:

—Oye, Bent, ¿no habría manera de que yo pudiera ir a la Isla del Diablo?

—Sola, no. No permiten hacerlo. El único medio es que te cases con un guardián y así podrías estar cerca de Griff.

La mujer de Bent cogió a éste por un brazo y le alejó de Mary. Tenía miedo de que Bent la traicionase... E hizo salir a su marido inmediatamente del café.

Durante varios días Mary estuvo meditando acerca de lo que le había dicho Bent.

La Legión había partido hacia otras posiciones lejanas... Mac, ya convaleciente, lamentaba la marcha del regimiento, pensando que Griff estaría en él.

Un día Mary fué a ver a Mac que se hallaba levantado.

El muchacho, a quien amargaba la soledad, recibió con inmensa alegría a aquella mujer.

—Dime, Mary, no te has casado con Griff. ¿verdad?

—¿Griff?

A punto estuvo de decirle ella que se encontraba en la Isla del Diablo, pero pensó que era conveniente callarlo.

—Nada sé de él. Creo que está en su regimiento—dijo.

—¡El miserable! ¿No sabes que me hirió cobardemente por la espalda?

—¿Estás seguro, Mac? —preguntó estremeciéndose.

—¡Sí! Lo estoy.

Mary hizo un gesto ambiguo. En su alma había la seguridad absoluta de que Griff no era culpable, puesto que así lo había oído decir de los propios labios de su amado.

Comprendiendo que era necesario disimular



y llegar a resoluciones heroicas para poder estar junto a Griff, le dijo de pronto:

—Oye, Mac, me encuentro más sola que nunca... He comprendido la necesidad de casarme, de tener un buen compañero, un buen muchacho que me aleje de esa vida que llevo en el café. ¿No querías casarte conmigo?

El la miró asombrado.

—¿Tú?... ¡Ya lo creo! ¿Me amas?

—¡Sí!

—Pues nos casaremos, chiquilla—dijo olvidando todos sus resquemores—. Pero, ¡maldita Legión!, no nos podremos casar hasta dentro de dos años. Entonces fine mi plazo.

—Habría un medio para hacerlo antes, Mac.

—¿Cuál?

—Hacerte guardián de la Isla del Diablo.

—Pero, criatura, es un ambiente terrible. No podrías vivir en él.

—¿Qué me importa todo con tal de estar a tu lado? —dijo con fingido entusiasmo—. Te quiero, Mac... sácame de aquí... Necesito estar a tu lado cuanto antes.

—Pues entonces me haré guardián aunque sea del infierno.

Y le dió un fuerte beso que ella tuvo que devolver con cierta repugnancia, pero sacrificándose por el hombre a quien amaba de veras.

\* \* \*

Semanas después llegaban a la Isla del Diablo. Al desembarcar, la joven se sintió poseída

de una profunda emoción. Allí estaba el hombre que amaba y sufría trágicamente.

Los recién casados subieron a una carreta y por el camino encontraron cerca del río a una numerosa legión de forzados que arrastraban enormes troncos de árboles.

Mary, angustiada, contempló a aquellos hombres y descubrió entre ellos a Griff que, medio desnudo, tenía que realizar esfuerzos sobrehumanos para poder sobrellevar el enorme peso.

También Mac vió a su antiguo camarada y en sus ojos se encendió una llamarada de celos y de sorpresa.

¿Cómo? ¿Griff estaba preso en la Isla del Diablo? ¿Por qué eso? ¿Qué había ocurrido? ¿Es que su mujer lo sabía y por eso había recurrido a su estratagema de hacerle venir aquí?

Miró a su esposa con asombro, pero nada le dijo. Ella bajó la mirada y sintió unos grandes deseos de llorar.

Griff, dolorido con su brutal trabajo, no vió a Mary.

Mary y Mac llegaron a la vivienda que debían ocupar en lo sucesivo, y Mac, pretextando unas ocupaciones, marchó inmediatamente de la casa, yendo al encuentro de Bent, su antiguo compañero, a quien le rogó le explicase lo que había ocurrido con Griff.

Bent le enteró de la agresión efectuada al sargento y de que Griff había sido condenado por ello a diez años de trabajos forzados.

—Me han dicho—comentó cambiando el giro



de la conversación—que te has casado con Mary. ¡Buena mujer, chico! Tú has hecho como yo... Buscar una plaza de guardián en la Isla para no demorar el matrimonio, ¿no es eso?

—Sí... sí...

—Tu esposa tenía muchos deseos de venir aquí... mejor dicho, de casarse—rectificó temiendo haber ido demasiado lejos.

Bent sospechaba si Mac iba a ser engañado por su mujer. Esta amaba a Griff. ¿No sería todo aquello una combinación para poder estar al lado del presidiario?

Nada quiso decir, sin embargo, y Mac, taciturno, como bajo el peso de terribles preocupaciones, regresó a su casa.

Mary aparecía nerviosa, inquieta, y él, cogiéndola por un brazo, la dijo con fiereza brutal:

—¡Eres una mala mujer, una perdida! Has venido aquí por él... Te has casado conmigo para poder estar cerca de este hombre...

—¡Mac, déjame!

—Confiesa o te ahogo ahora mismo.

Estaba como loco. Mary, horrorizada, no queriendo mentir, acabó por confesar toda la verdad.

—Sí, he venido por él, para que tú me ayudes a libertarle.

—¿Yo? ¿A ese maldito? ¿Y por eso te has casado conmigo?

—Hice mal, lo comprendo... pero no había otro remedio. Y tú le debes ayudar. Si Griff se

encuentra en la Isla es por tu culpa, por haberte defendido contra el sargento que te quería dejar abandonado en el desierto.

—¡Esto no es verdad!—rugió él—. Griff disparó contra mí... Guardo la bala homicida.

—El no disparó. Fué un árabe.

—No... no... pero... no os saldréis con la vuestra... Te has burlado de mí, pero voy a vengarme... Sí, proporcionaré su fuga, pero el reglamento me autoriza para matar a los presos por la espalda, si intentan fugarse. Ya lo sabes.

—No... tú no harás eso, Mac... no debes hacerlo... Yo quiero que nos divorciemos lealmente, que comprendas que si te he sacrificado, ha sido en aras de la gratitud que debes a Griff...

—¿Estarle reconocido yo? ¡Loca! Pero voy a mandar llamar a Griff. No quiero que dejes de verle.

Abrió la puerta y viendo en la calle a otro guardián le rogó fuese a avisar al penado Griff para que se presentara inmediatamente.

Este, que se hallaba aún trabajando, siguió al guardián y se dirigió a la casa de Mac.

Entró en el recibidor y dió un grito de honda sorpresa al ver allí a Mary y a Mac.

La idea de que aquella mujer le había traicionado, de que ya era de otro se aferró brutalmente a su imaginación.

—Te presento a mi mujer—dijo Mac, riendo.

—Mary... Mary, ¿por qué me has engañado? ¿Por qué me dijiste que me esperarías?—sollozó.



—Debes saberlo todo, Griff... Me he casado con él para estar cerca de ti. No importa proclamarlo. Tú ya sabes. Mac, porque he hecho esto. Sacrificate, deja escapar a Griff como él te salvó a ti una vez la vida.

—¿Todavía con esa mentira? No es cierto... Tú, Griff, me atacaste a traición.

—Te juro que no. Fué un moro quien disparó el tiro—protestó Griff.

—Llevas tan bien aprendida la lección como mi mujer. Pero será inútil cuanto intentéis... No os creo una sola palabra... y si tú escapas, Griff, te mataré por la espalda como me autoriza el reglamento.

Fueron inútiles las protestas que de su inocencia hacía Griff. Este tuvo que abandonar la casa con un doble dolor: el de ver que la mujer amada se había casado con otro y el comprender que Mac seguía creyéndole culpable...

\* \* \*

Pasaron varios días.

Todo el amor que Mac había experimentado por su esposa se convirtió en odio implacable contra la que se había burlado de él. Pero pensaba vengarse. Vigilaba sus pasos. Sabía que Mary y Griff se habían visto alguna que otra vez.

Cierto día, encontró a su mujer arreglando precipitadamente una maletas. El le exigió una inmediata confesión y Mary, valerosa y desesperada, le manifestó todo lo que pensaba hacer.

Iba a huir aquella misma noche con Griff. Este, como todos los penados de la Isla, se encontraba siempre en los bosques y caminos trabajando en labores de transporte, y la huida no era muy difícil.

Mary iba a afrontar todas las circunstancias.

—Déjame marchar—le dijo—. O deja que marche solamente él. Sé bueno, Mac, paga con bien el bien que él te hizo.

Pero él protestó con energía:

—¿Que yo transija con tu huida? ¿Te has vuelto loca? No, no... Y él tampoco escapará, porque si escapa, le pegaré un tiro. Es él quien disparó contra mí, aunque vosotros digáis lo contrario.

Insistió la pobre mujer, pero Mac, exaltado, encerró a Mary en su cuarto y corrió a limpiar el fusil y a cargarlo. Quería cargarlo con la misma bala que a él le extrajeron del cuerpo, y que ahora procuraba meter dentro de un cartucho.

En esta operación que se le hacía difícil y lenta, le sorprendió su compañero Bent, quien al verle tan atareado, le dijo:

—¿Qué te pasa? No parece sino que hayas de perseguir a alguien.

—Y no te equivocas. Sé que esta noche va a escapar un recluso y quiero matarle. Y precisamente con esta bala—añadió mostrándole la que estaba limando para que entrase en la cápsula.



—¡No entrará! No te empeñes. Esta bala no es de reglamento. Las conozco más que tú.

—¿Cómo? — contestó, sorprendido—. ¿No es una bala francesa?

—Es rifeña. Idéntica a la que usan los moros.

—¿Estás seguro?—dijo Mac, aterrado.

—Como de la muerte.

Mac se estremeció. Comprendió entonces todo lo ocurrido. Era verdad, era verdad que Griff no había disparado. ¡Había sido un rifeño!

¡Y él, pagaba con su odio aquella noble acción! Repentinamente todo varió en su alma y comprendió que era necesario salvar al pobre Griff que si sufría diez años de trabajos forzados era por la exclusiva culpa de Mac.

Y aun sintió en el alma el deseo de perdonar a su mujer por haberle engañado casándose sin amarle.

Tan pronto hubo marchado Bent, corrió Mac a libertar a su esposa y le dijo:

—Acabo de enterarme de la verdad. ¡Pobre Griff! ¡Vete, vete con él!... Podéis usar la canoa de la guardia, que está inmovilizada en la orilla izquierda del río. Yo procuraré distraer a mis compañeros.

Ella le miraba con admiración.

—¿Pero vas a hacer eso, Mac?

—¿Y qué quieres? No quiero ser ingrato... ni que tú seas infeliz.

—¡Mac! ¡Pobrecito! Perdóname, porque sé el daño que te causo.

Y besándole tiernamente salió de la casa protegida por la obscuridad nocturna y corriendo hacia el río para coger la lancha motora.

Poco después Mac salió también, deseando proteger en lo que fuera posible a los fugitivos.

De pronto vió a Griff que, habiendo escapado de sus compañeros, estaba en la ribera hacía largo rato esperando a Mary.

Griff, al ver a Mac, intentó agredirle, pero éste le calmó con un gesto.

—Perdóname, Griff—le dijo—. Tenías razón. No fuiste tú quien disparó. Pero quiero pagar con mi gratitud lo que hiciste. Huye, nada diré... Mira, ya llega la lancha motora. Está Mary... Vete con ella.

Griff lo miró con emoción.

—Mac, Mac... ¡qué bueno eres!—dijo.

—No perdamos tiempo—exclamó el esposo casi conteniendo las lágrimas—. ¡Cambiemos de traje. ¡Así será más difícil que te reconozcan!

Lo hicieron en un santiamén y después de estrecharse las manos con honda cordialidad, se separaron.

Ya en la barca, Mary y él le dijeron varias veces adiós, mientras Mac, llorando, pero contento de haber sacrificado su propia felicidad a los demás, se alejó tristemente.

Bien mirado... se daba cuenta de que no amaba a Mary. No era más que un capricho, que una ligera pasión que con el tiempo habría de



terminar. Era mejor que ellos fueran felices, y que pudiesen huir lejos... muy lejos... hacia su libertad.

Ya cerca del bosque, unos guardianes que, enterados de que había escapado un preso, le buscaban, vieron a un hombre que vestía el uniforme de penado. Sin avisarle, tal como lo manda el reglamento para los fugados, le dispararon varios tiros y Mac cayó en tierra.

Cuando se acercaron a él vieron con espanto que se trataba de un guardián.

Bent, horrorizado, le sostuvo en brazos, mientras el pobre Mac ya en los estertores de la agonía, exclamaba:

—Estaba escrito que tenía que morir por la espalda....

Al cuarto de hora murió. Entretanto, los dos enamorados estaban ya lejos camino de la libertad y del amor.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería.

Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barhará, 16: Madrid: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, nº bis  
Teléfono 18551 - BARCELONA

---